El fin del milenio y las estéticas de la retracción

Ramón de Torres López

Arquitecto

El fin del milenio se nos presenta dominado por la información —la introducción progresiva de las tecnologías y de los sistemas mediáticos— y el capital.

Estos dos factores operan en un estrato superior al de la política y los políticos. No reconocen fronteras ni toman en consideración los problemas humanos y producen una sobreabundancia de los lenguajes de la comunicación, de los lenguajes instrumentales.

Conviene recordar que la modernidad se inaugura impulsada por las grandes filosofías unificantes de la historia que se sustentan en la progresión lineal de la idea o en el desarrollo de los modos de producción.

Sobre la modernidad gravitan las grandes ideologías del progreso y con la quiebra de la modernidad se produce la quiebra de la visión del progreso y de la historia entrando en crisis el concepto de totalidad, al que se opone la noción de diferencia y un nuevo sentir de los individuos. Esta ruptura fue analizada con la mayor precisión por Adorno en *Minima Moralia* (1951), donde afirmó que “la totalidad es lo no verdadero”.

La quiebra de la historia en historias es la quiebra de la modernidad, que tendría su correspondencia arquitectónica —y no sólo arquitectónica— en la discontinuidad, en la fragmentación, en cierta erratitud de las formas.

Todo ello constituye la crisis de la modernidad, entendida como grave crisis de crecimiento, que no abre un nuevo espacio de sustitución esencial de su propio espacio en crisis. “En los límites de esta conciencia —según analiza Francisco Jarauta— se perfila otro esquema interpretativo para el que la cultura contemporánea aparece como la época de un debilitamiento de las pretensiones de la razón, incapaz de reconducir la diversidad de los lenguajes y formas de la experiencia humana a un sólo lenguaje fundamental que pudiese dar razón en la pluralidad diferenciada de lo real. En los márgenes de aquella ilusión se configura otro tiempo, el de la plurivocidad y polimorfía, en cuyo campo emergen pluralidad de modelos y de paradigmas de racionalidad no homogéneos ni reconducibles uno al otro, y apenas vinculados exclusivamente a la especificidad de sus respectivos campos de aplicación...” “Ac-tuar, mediar objetos discretos, por cambios sucesivos

y mínimos, a través de continuas modificaciones, es la nueva tarea de la cultura”.

En este contexto, la introducción progresiva de las tecnologías ha ocasionado un efecto particularmente intenso sobre la palabra y los lenguajes. Frente a la abrumadora locuacidad de los sistemas mediáticos caracterizados por la dilapidación de la palabra, lo poético —en su más amplio sentido— parece haber ido afirmando muy pronto su especificidad en un movimiento opuesto, que sería el constitutivo de lo que José Angel Valente denomina estéticas de la retracción.

Estas estéticas se han manifestado a lo largo del siglo en todas las formas de creación artística. Recuérdese, aunque sólo sea por vía de ejemplo el “menos es más” de Mies Van der Rohe. Piénsese, asimismo, en la ley de adición negativa, según Kandinsky la formuló, donde $2-1$ suele ser mayor que $2+1$. También para Kandinsky, el punto —que es igual a cero— “evoca la concisión absoluta, es decir, la más grande contención que, sin embargo, habla”. El punto es —escribe Kandinsky— “la última y única unión del silencio y de la palabra” Punto y línea sobre el plano (1926).

Pero quizás nadie haya representado en lo moderno las estéticas de la concisión de modo más radical que el músico Anton Webern. “Concentración significa extensión”, dice Webern, reiterando un aforismo, sólo en apariencia paradójico, de Arnold Schönberg.

“Parece regir ese principio toda su obra. Estamos ante un hombre —escribe Luigi Dallapiccola en 1935— que expresa el máximo de ideas con el mínimo imaginable de palabras.”

“Estética de la retracción y de la brevedad extremas. Y, sin embargo, asistimos a la máxima explotación de las calidades del sonido y del timbre puro. Estamos, como en el caso de Kandinsky, ante la más grande concentración que, sin embargo, habla, en el límite último entre el silencio y la palabra.

Lo poético parece refugiarse así en los elementos centrales de su particular naturaleza. Lo poético se retrae y nos retrae a su absoluta interioridad, frente a la extroversión y el despilfarro de la palabra en una sociedad fundamentalmente reproductora y utilizadora”.